

## LECTURAS

EL REGRESO  
DEL HOMBRE  
DE LAS ISLAS

'Pólvora en el sueño', de Miguel Ángel Velasco, es una lección increíble de pundonor y de entrega a la palabra

ANDRÉS  
GARCÍA  
CERDÁN

Esta mañana he vuelto a 'Sobre el silencio y otros llantos' de Miguel Ángel Velasco (1963-2010). Con este libro el poeta de Palma de Mallorca mereció en 1979 un accésit del Premio Adonais. Apenas tenía 16 años. Claudio Rodríguez y Rafael Morales vieron en él a un guerrero talayótico con alma de ruiseñor. Su precocidad y su irreverencia parecían proverbiales: «No despiertes la vanidad del sismógrafo / ni pongas tus manos / sobre el corazón del zahorí». De ello se dio cuenta pronto Agustín García Calvo, quien reconoció su «humildad» poética, «procediendo –le dice– como procedías de la alta Literatura». Su juventud –más allá de la edad– fue extrema y venía acompañada de una fuerza indómita. Velasco buceó la experimentación y la ruptura del discurs-

so desde un inicial surrealismo esteticista propio, en una España aún en clausura, hasta el classicismo trascendente, panteísta («y siente / latir el bosque en vilo de inminencia») y, al fin, la poesía metafísica. Con él volvía a arder el polvorín: de un lado Gimferrer, Colinas, Martínez Sarrión, Carero; del otro, Blanca Andreu, Panero, Casariego Córdoba y, después, Cabrera y Gallego.

Este nuevo Rimbaud, este Ulises de todas las islas, amante de la Iliada y los afters, de Lucrecio y los ammonites, de Idea Vilariño y los mandalas, de Elías Canetti y Shakespeare y Rilke y los fractales, cantor de las heridas de los héroes, hermano del fresno, 'radiant child' de las químicas ceremoniales, que persiguió los bosques por la estepa lisérgica de Castilla, hizo de la raíz y los asombros, de la pólvora y la metafísica su fe. Había en sus versos la insolencia del que cree y descrea: «¡deprisa! es hora de amarrarte al mástil». Eso hizo. Como un santo, amarrarse al mástil y entregarse a todas las tormentas y a todos los cantos de sirena del lenguaje. En aquel primer poemario, y luego en 'Las berlinas del sueño' (Premio Adonais, 1981) y en 'Pericoloso Sporgers!' (1984), y luego en 'El sermón del fresno' (1995) y 'El dibujo de la savia' (1998), y luego en 'La



El poeta mallorquín Miguel Ángel Velasco. :: S. BARRENECHEA

vida desatada' (2000), en 'La miel salvaje' (Premio Loewe, 2003), y más en 'Fuego de rueda' (2006) y 'Memoria del trasluz' (2008) y más en 'Ánima de cañón' (2010), Velasco urdió las telas de un sueño que lo había de llevar a lo más alto. Había nacido un mito.

«Desde la herida vieja / de este pino sangrado se derrama / el melodioso acibar de su tuétano: / la lágrima encendida. / Entró el tiempo a degüello en esa brecha», dice en 'Resina'. Ya no hay poetas como él. Afortunadamente, las páginas de 'Pólvora en el sueño' (Chamán, 2017) preservan en ámbar su liturgia y su magia y las ondas expansivas de aquella inmensa llamada. Ahí afuera, todo da un poco de pena, todo es un poco demasiado sordido y estéril.

Todo menos él: «Con qué clara tersura hemos brillado / en esas noches altas, / bebiendo un vino recio que caldea / el vivir y lo encumbra / hasta tocar los cielos nuestra mortal medida». Mientras la oligofrenia se apodera de la poesía y la crítica actuales, Velasco aparece a nuestros ojos como un inmortal, como un demiurgo en el oscuro tiempo de los imbéciles. Él, que desde sus primeros años se supo poeta y cuidó esta parte de sí, que era todo, con exquisitez y devoción absolutas. Él, que a nada más obedeció. Que idolatró de verdad a Homero, a Coleridge, a Baudelaire. Que le entregó el pellejo, el alma, la carne viva y el aliento, hasta la última gota de su sangre, al poema, para ser más en él y desde él y para llevarlo lo

más lejos posible en su indagación de la naturaleza, el ser, las palabras. Como un nuevo Juan Ramón Jiménez. Como un César Vallejo poderoso. Como un Borges visionario.

Entre las luces estroboscópicas y la épica, bailamos en Pólvora en el sueño con Velasco, y gozamos de su santa lujuria: «En la Iliada nos prende/ esa intención precisa en la manera / de describir el daño. Cuántas veces / se demora el hexámetro en el sitio/ de la quebrantadura, / en el fiel inventario del estrago: / el lugar que desgarró la espada, cómo hiende / la carne y desmorona ese cartilago». En su grandeza somos grandes quienes lo leemos. Luego, por ahí, todo se reduce a evitar ese tufo que amenaza con certificar la muerte del lenguaje: poesía basura, 'low cost', de autoayuda, fécula de poesía, postureo poético.

Contra todo, en un arrebato de dignidad y lucidez, Pedro Gascón y Ana Toboso, de Chamán Ediciones, encargaron al poeta navarro Alfredo Rodríguez esta ambiciosa selección de su obra, incluyendo tres entrevistas y otros textos en prosa. Es, sin duda, a poco que abra el lector las páginas del precioso volumen, uno de los acontecimientos poéticos del año. Rodríguez se ha tomado el asunto con sobriedad, pero con fervor: se le nota el entusiasmo. Así, desde el primer al último poema, 'Pólvora en el sueño' es una lección increíble de pundonor y de entrega a la palabra, de amor por el don y de fiebre llevada a los extremos diafanos de lo hermoso y lo inteligente. «El fuego laborioso hace de oro / sus escamas tupidas, y ya es / una rosa de ascuá», desliza Velasco en "Piña de lumbré", a la memoria de Claudio Rodríguez.

Esta antología amplifica y define los ecos de aquella otra,



## PÓLVORA EN EL SUEÑO

Miguel Ángel Velasco. Selección de Alfredo Rodríguez. (Chamán Ediciones, octubre 2017)

La mirada sin dueño (2008), que Vicente Gallego preparó para Renacimiento, aún en vida del poeta, en la que se excluían sus tres primeros libros. Yo creo que esa parte ausente es una parte valiosísima de su obra, a pesar de sus propios reparos, y que incluirla haría posible mostrar a las claras su viaje fascinante por la poesía a lo largo de más de tres décadas. Con todo, como desagravio, la selección de Alfredo Rodríguez acoge esa última exhalación y ese último resplandor que es 'La muerte una vez más' (Tusquets, 2012), preparada por la recientemente fallecida Isabel Escudero.

Antes de doblar las rodillas y hundir su rostro en el polvo, como un nuevo Aquiles de doradas grebas, como un Robert Plant de corazón desmesurado, Velasco nos ofreció sus últimos libros y nos dejó despedirnos, con todos los respetos, de su universo pirata y psicodélico, entre la vida desatada y la vida en daño, entre el sermón del fresno y el aldabonazo del cañón. «¿Adónde irían / las garzas?» –se pregunta en La miel salvaje–. «Sólo sé / que algo de mí partió aquella noche / desde el arco del puente; / algo de mí se fue y boga dichoso / hacia algún sur de luz en la flecha del vuelo». Miguel Ángel Velasco, for ever. El otoño es mucho más hermoso con él y en él.

## EL TALISMÁN DE LA COSTURERA

## MITOS NÓRDICOS

CIRO  
GARCÍA



Al leer prólogo de 'Los mitos nórdicos' de Neil Gaiman, en los que el autor explica cómo se tropezó por primera vez con la mitología de los vikingos, uno no puede sino sonreír, pensar esto me suena. Porque, al parecer, Gaiman tomó su primer contacto con los Aesir, las valquirias, el Valhalla, del mismo modo que yo. Del mismo modo, sospecho, que un montón de niños desde mi infancia, o puede que desde

la infancia de la generación, o dos generaciones anteriores a la mía: se encontraron con un tebeo de 'Thor el poderoso'. La idea molaba bastante –aunque creo que entonces no sabía tampoco de la existencia del verbo molar–: un dios vikingo exiliado, suelto en Nueva York, convertido por esa razón en uno más de los superhéroes que, desde las páginas de Marvel Cómics, habían infestado la Gran Manzana. Probablemente era la primera vez

que me topaba, o era consciente de la existencia de los dioses vikingos. De este modo, a través de la mitología de los superhéroes, llegué a la mitología nórdica.

En cierta manera –aunque nunca dejó de estar de presente, al menos en alguno de sus elementos, en amplias zonas de Europa, transformada en folklore popular– la mitología nórdica tuvo, al igual que la celta, una especie de revival en el siglo XX y XXI. Y no me refiero a que en al-

gunos países del norte se vuelvan a levantar templos a los Aesir. Me refiero más bien a la importancia que ha tenido en la cultura. Ya he mencionado cómo los creadores de superhéroes adoptaron a los dioses de Asgard. De hecho, el equipo por antonomasia de la Marvel, los Vengadores, no se hubiera formado sin la necesidad que tuvo el rubio dios de que le ayudaran contra su hermano Loki. Pero la llamada fantasía heroica sería impensable sin los mitos de los vikingos y germanos. Robert Howard la incluyó de forma más o menos patente en sus historias de la era hyboria –uno de los pueblos son los vanir, en algún momento Conan se encuentra con Ymir–. Y 'El señor de los anillos', el

buque insignia de toda la épica fantástica, sencillamente no habría sido posible. Ni ninguno de sus émulos. ¿De dónde creen ustedes que vienen los sigilosos elfos, y los enanos, esos hábiles herreros? Es muy posible que la culpa de todo, o al menos parte de culpa, la tuviera el señor Wagner y su mastodóntica ópera 'El anillo del nibelungo'. Hasta en la saga de moda, 'Canción de hielo y fuego', planea la sombra del Ragnarok, el fin del mundo vikingo, que tendrá la forma del más oscuro y frío de los inviernos, y una batalla contra los monstruos que regresan después de eternidades dormidos o sujetos. Por cierto, la palabra saga también es de origen nórdico.

Con su 'Mitos nórdicos',

Neil Gaiman, nos acerca de una forma amena, brillante, con una estructura que queda a medio camino entre el libro de cuentos y la novela canónica, a las hazañas de aquellos dioses trágicos, ingeniosos, brutales, pero también dados, se nos dice, a la risa fácil. Hay una poesía en el mito del norte, más extraña y más profunda que en otras mitologías, llena de imágenes perturbadoras y fascinantes. No es extraño que el protagonista velado de este libro, por encima de todos los demás dioses, sea Loki, que es uno de esa raza de dioses traviesos, como Hermes o Anansi, un dios paradójico, hacedor y deshacedor de entuertos, que arrastra el más terrible de los destinos.